

CAPITULO V

La educación

Las agrupaciones de maestros participaban ya hacía tiempo de la vida sindical, y habían proclamado la necesidad de librar la enseñanza de la tutela del Estado, reorganizándola sobre bases corporativas, con entera autonomía.

Esas agrupaciones se adhirieron calurosamente a la revolución; pero los maestros, aunque individualmente y según su temperamento tomaron parte en la revolución, no suspendieron las clases durante la huelga general, porque pensaron que la huelga de las escuelas más perjudicaría a los padres que al gobierno, y permanecieron en funciones para ser útiles a la causa del pueblo velando por sus hijos. Los alumnos continuaron frecuentando la escuela, hasta que, dominados por el ejemplo, hicieron a su vez la huelga escolar.

Terminado el período de lucha y entrando en el de triunfo, la federación de los sindicatos de maestros convocó un congreso para discutir métodos de educación y sentar las bases de una enseñanza racional, en concordancia con la transformación social realizada.

Ya no era admisible la antigua clasificación en enseñanza primaria, secundaria y superior, que encerraba los hijos del pueblo en la escuela y reservaba los institutos y las universidades para los hijos de la burguesía. El sistema de las bolsas de enseñanza, que en la sociedad capitalista templaba la arbitrariedad de esa clasificación, rendía hipócrita homenaje a la igualdad y permitía a algunos hijos del pueblo saltar a la escuela burguesa, no hacía más que hacer más patente la odiosidad de tal demarcación. Esa enseñanza cerrada, conforme con una sociedad de explotación, que distribuía el saber a dosis diferentes, según que los niños eran destinados a mandar o a obedecer, a hacer que los otros trabajaran o a trabajar ellos mismos, no tenía ya razón de ser en un medio de libertad y de igualdad.

El trabajo del Congreso fué doble: proceder a la reforma del cuerpo docente, y elucidar y definir lo que debía ser la nueva enseñanza. Sobre este segundo punto, el Congreso, en

el que tomaron parte, además de los delegados de los sindicatos de maestros, los de todas las asociaciones de enseñanza, de escuelas normales y de la enseñanza secundaria y superior, tuvo más carácter de profunda información sobre la educación que de Congreso propiamente dicho. Todos cuantos tenían sobre el asunto una idea que someter o un proyecto que exponer pudieron hacerse oír allí, dar su opinión, aportar sus luces.

Ante todo se pensó en la reforma corporativa para modificar su mecanismo; se eliminaron las inutilidades y las superfetaciones, y, aquí, como en todo, se reemplazó el sofocante autoritarismo por la vivificante autonomía.

Sentado ese preliminar profesional, íntimamente ligado con la esencialidad de la enseñanza, se definieron sus grandes líneas:

Las dos enseñanzas, primaria y secundaria, se refundirían en una sola — racional e integral —. Todos los niños, cualesquiera que fuesen su aptitud y capacidad, participarían de la fuente común del saber; su desarrollo ulterior, por divergente que fuera, sólo debía ser resultado de la mayor o menor aptitud de cada uno para aprender, para asimilarse los conocimientos humanos.

El corolario de esas premisas fué el respeto

absoluto a los derechos del niño, del hombre de mañana. El niño fué considerado como un ser esencialmente libre, aunque en vía de desarrollo, y no se reconoció a nadie, individuo ni colectividad, el derecho de modelar su cerebro, de inculcarle tales maneras de ser y de pensar con preferencia a otras.

Los derechos de los padres sobre el cerebro del niño fueron negados y declarados tiránicos y arbitrarios. Tan absurdo se consideró modelar el cerebro del niño como si se tratara de desviarle la columna vertebral. Las pretensiones del mismo orden que pudieran arrogarse sobre el niño sus educadores fueron también condenadas categóricamente.

Esta noción, que ponía como base la soberanía del ser humano, y declaraba que se le debía respeto absoluto, en su germen y en su flor, iba a ser la piedra angular de la educación distribuida a todos con equitativa amplitud.

Hacer hombres, armónicamente desarrollados, física, intelectual y moralmente, y, por esto mismo, aptos para elevar su actividad al máximo en la dirección de su elección: tal era el objetivo.

La cultura física fué el punto inicial del método de instrucción adoptado, porque se reconoció que el desarrollo intelectual está en relación con la actividad física. Respecto de

las nociones elementales y también para la aritmética, la geometría y las ciencias naturales, la enseñanza se hizo todo lo concreta y práctica posible; para esas diversas ramas del saber no era de temer ninguna falsa orientación. La dificultad comenzaba con el estudio de la historia: se recomendó a los educadores que expusieran los hechos históricos con el propósito, no de hacer partícipes de su apreciación a sus alumnos, sino con el de ponerles en estado de apreciar y juzgar, de formarse una opinión propia y que no reflejara la personalidad del maestro. Este debía dirigirse a provocar la actividad de las jóvenes inteligencias, no fatigando su memoria, sino por medio de una gimnasia pedagógica, basada sobre la experiencia, sobre los hechos y sobre su explicación.

La mejor instrucción consistiría en dar al niño nociones sólidas, exactas y, sobre todo, en inculcarle tan fuertemente el gusto del saber, que esta pasión domine toda su vida.

Al joven preparado por esta educación, que pudiera llamarse «primaria», se le dejaría la elección de la enseñanza «secundaria» que quisiera recibir. Esta enseñanza teórica, amplia, profunda, recordaría vagamente la de las antiguas universidades. Lejos de ser una ense-

ñanza «muerta», sería, por el contrario, vivísima: las ciencias ocuparían el primer lugar, y a la enseñanza general se uniría una instrucción profesional, práctica, técnica, pero no especializada. No siendo ya las necesidades sociales las mismas que en el período capitalista, no pensaría nadie en esas escuelas de producir magistrados, abogados, notarios y otros tipos de especies desaparecidas, sino en hacer hombres industrioses, de franca inteligencia, de saber juicioso, y capaces de ser útiles para sí y para sus semejantes.

De ahí partiría el joven, a su elección, a pasar una temporada en las escuelas de enseñanza técnica, de industria, de oficios, de agricultura, que ya existían en estado embrionario en la sociedad burguesa.

Esos colegios técnicos salían del cuadro de la enseñanza propiamente dicha. Allí terminaría lo que antes se llamaba el aprendizaje, viniendo a ser esos colegios el lazo de unión entre las escuelas y la vida de producción. Continuando la comparación con la clasificación antigua, podrían compararse con las universidades: para la industria, la agricultura, las ciencias; a lo que eran las facultades de derecho, de ciencias y de letras para las profesiones liberales; equivaldrían también a las nuevas

escuelas de medicina, de cirugía y de farmacia.

Esos colegios técnicos iban a ser una emanación de las federaciones corporativas: los colegios de medicina y de farmacia, procedentes del cuerpo médico o farmacéutico; los de agricultura, de la federación térrea; los del tejido, de la federación del textil, y así otros muchos.

No se estableció diferencia entre niños y niñas; los dos sexos se educarían juntos, en las mismas escuelas, en perfecta igualdad. No que se pretendiera sujetar la mujer a los mismos trabajos que el hombre, sino porque la coeducación era considerada como la mejor preparación para la fusión moral de los sexos.

Cuando las niñas llegaran a la edad a propósito pasarían una temporada en los colegios especiales donde se les enseñarían los oficios femeninos y donde se prepararían a las funciones sociales adecuadas a sus gustos.

La enseñanza integral que acabamos de bosquejar a grandes rasgos fué obra del Congreso de los sindicatos de maestros y catedráticos, y su coordinación procedía de los grupos antes formados y unificados por ellos. Sin embargo, a su lado se formaron asociaciones de intereses escolares, formadas por los padres de alumnos

que fijaban su atención en los asuntos de educación y enseñanza. De acuerdo con los maestros, esas asociaciones se ingeniaban para embellecer las escuelas y perfeccionar los métodos de educación.

Mientras se ponía en práctica, con la colaboración de todos, esa enseñanza perfectamente humana, alrededor de las cátedras de los profesores se agolpaba la generación nueva, dichosa de vivir, ávida de saber. Ya no tenía las taras que antes marcaban la juventud: sequedad de corazón, ambición, deseo de adelantar en detrimento de sus compañeros, que en la sociedad vieja sofocaban todo sentimiento generoso.

La generación joven, no sintiendo las aprensiones del porvenir, no estrechada por las angustias del mañana, no viendo ningún punto negro en el horizonte, era sana, fuerte, vibrante, amable.